

YO, ÁRBITRO

Daniel Madueño Silva

Llevo toda una vida esperando este momento. Cuando comencé mi caminar por este mundillo nadie me entendía, ni siquiera mi familia. Mis amigos me decían que debía de estar loco para hacer esto. Ni un solo apoyo. Pero de eso hace ya más de veinte años. El tiempo pasa volando, sobre todo cuando haces lo que realmente te gusta. Cuando empecé no podía imaginar, ni en mis mejores sueños, que hoy estaría aquí, haciendo realidad la ilusión de tanta gente: estar rodeado de los mejores jugadores que hay actualmente en el mundo.

¿Qué niño no desea ser jugador de fútbol? Yo debo de ser un caso especial, porque aunque me encantaba el fútbol, mi único deseo era ser árbitro. Sí, ese personaje cruel, al que todos tildan de diablo, que en cada partido sufre las vejaciones de los perdedores y la indiferencia de los que ganan. A mí no me interesaba regatear a nadie, ni marcar un gol de chilena, a mí me atraía ese hombre que siempre vestía de negro y que, fuera como fuera, siempre era vilipendiado. Si me preguntáis los motivos, no podría responderos, porque ni yo mismo lo sé. Lo único que tengo claro, es que he nacido para ser árbitro.

Cuánto tiempo pasé por las noches, pensando cómo les diría a mis padres que quería formar parte del colectivo arbitral. Cuántas veces, mis amigos me preguntaban que si estaba en las nubes, mientras yo me imaginaba con un silbato en mis manos y recibiendo el cariñoso saludo de todos los jugadores al término del encuentro. Cuántas veces pasé por delante de la puerta de la mansión de Lucifer... hasta que un día me decidí a entrar.

Allí viví momentos increíbles, como cuando conocí en persona a Antonio, ese famoso árbitro que salía por televisión y que con sus palabras hizo que me sintiera integrado desde el primer día. Nos trataba a todos igual, no había diferencias entre veteranos y novatos. Me dijo palabras que aún hoy perduran en mi memoria:

“Daniel, si realmente quieres ser alguien importante en este mundillo, lo más importante es la perseverancia y la ilusión. Si en algún momento te abandonan alguna de estas virtudes, tu camino habrá terminado. No importará que seas un portento físico, ni que te sepas el reglamento a la perfección. Esos son aspectos interesantes, pero lo realmente importante es que cuando te vistas de árbitro y saltes a un campo de fútbol, la ilusión del primer día no haya desaparecido”.

Mucha gente piensa que eres árbitro de fútbol para sacar un dinero fácil. Craso error, ya que el dinero que sacas es bastante poco y, desde luego, no es fácil. Cuando comienzas y estás pitando un partido de juveniles, por ejemplo, tienes que estar una hora antes del inicio del partido en las instalaciones del equipo local. Después, dos horas de partido, a lo que hay que añadirle un mínimo de una hora para la redacción del acta, lo que suma un total de cuatro horas, por las que consigues quince euros, aproximadamente. Si a eso le descuentas transporte y cuota que hay que pagar en el colegio de árbitros, es fácil deducir que repartiendo pizzas obtendrás un rendimiento mayor y muchos menos quebraderos de cabeza. La mayoría cree que se ganan miles de euros, porque es lo que escuchan en la radio o leen en los periódicos, pero eso ocurre solo en el fútbol profesional, cruelmente alejado de la miseria que soportan día a día miles de jugadores y árbitros amateurs.

Aunque al principio era muy reticente a la idea de ver a su hijo en un campo de fútbol de otra forma que no fuera de jugador, con el paso de los días se convirtió en mi aliado perfecto. Mi padre me acompañaba a todos y cada uno de los partidos que yo jugaba, la mayoría de ellos de incógnito, si bien yo sabía perfectamente que estaba sentado en la grada, camuflado entre la muchedumbre, observando minuciosamente si existía algún peligro que acechara a su cachorro. Sin su ayuda, hoy no estaría aquí, bueno a decir verdad, hoy no estaría vivo.

Era un partido en el que yo hacía de juez de línea. En las categorías inferiores hay que hacer de todo, ya que por desgracia somos muy pocos los árbitros y muchos los partidos que arbitrar. Corría el minuto 30 de la primera parte y el partido hasta ahora entre el Portada Baja y el Churrero FC discurría por los cauces de la

normalidad. Sin embargo, yo ya había percibido que el número 9 del equipo local, el Portada Baja, estaba calentito. Es verdad que le estaban entrando muy duramente los defensas rivales, pero él tampoco se quedaba atrás con continuos agarrones, empujones y demás marrullerías. El árbitro estaba llevando el partido con bastante seguridad, se notaba que tenía muchos partidos a sus espaldas y, a pesar de las constantes presiones que recibía del exterior, no se dejaba manipular. En ese minuto 30, el jugador número 9 recibe un pase de un compañero y se queda solo delante del portero. Yo levanto la bandera porque se encontraba en posición de fuera de juego. El jugador marca gol y todo el mundo va a celebrarlo pero yo permanezco impassible con la bandera levantada. El árbitro me ve y anula el gol y entonces el jugador viene hacia mí, profiriendo palabras que tenían toda la pinta de ser insultos. Yo intento mirar para otro lado, para no tener que tomar una decisión grave, pero el nene no se corta, llega hasta donde me encuentro y me insulta gravemente. Yo no lo dudo ni un solo instante y aviso al árbitro para contarle lo que me ha dicho. Él, ni corto ni perezoso, se acerca al jugador número 9 y le saca la tarjeta roja. Acto seguido, el jugador se viene a por mí hecho un energúmeno. Entre los compañeros y el delegado consiguen frenarlo, cuando ya se encontraba muy cerquita mía. Goterones de sudor frío me recorren la espalda. ¡Qué mal rato! Pero no podía callarme. Me ha insultado gravemente en mi propia cara.

El partido continuó con el público bastante calentito, si bien la mayoría de los que estaban por mi zona habían escuchado perfectamente el insulto y “disculpaban” en cierta medida que me hubiera chivado al árbitro. Habían pasado unos cinco minutos y escuché a mis espaldas un alboroto. No quería mirar porque muchas veces es mejor parecer sordo, ciego y tonto. Pero en este caso, mi intuición me dijo que debía mirar hacia atrás. Lo que me encontré fue alucinante. Mi padre sujetando por los brazos al dichoso jugador número 9. El “angelito” tenía una piedra, más bien una roca, entre sus manos y todo el mundo estaba mirándolo impassible, como esperando que me reventara la cabeza con el pedrusco. La verdad es que no me extraña que el público se quedara expectante, ya que yo mismo me quedé petrificado, como esperando un final inevitable. Solo mi padre luchaba contra mi cruel destino: morir con la cabeza aplastada por un desgraciado. Supongo que fueron décimas de segundo, por los movimientos rápidos y enérgicos; sin embargo, a mí me parecía que estábamos en la película “Matrix”, con desplazamientos a cámara lenta, como sabiendo lo que va a pasar con antelación. Veo venir la roca hacia mi cabeza, pero yo no soy Keanu Reeves. Ni siquiera a cámara lenta esquivo rocas, imagínate balas. Quizás si yo fuera un macarra de esos que están acostumbrados a pelearse día sí y día también, mi reacción hubiera sido otra, pero me han educado para solventar los problemas con palabras y no con pedruscos. Menos mal que ahí estaba mi guardaespaldas para intentar salvarme la vida. El número 9 inició su golpe final. Estaba bajando los brazos con destino a mi cráneo. El triste desenlace estaba escrito. Mi padre, que había sido zarandeado por el salvaje, solo podía jugarse mi vida a una carta. Y se la jugó. Se lanzó sobre el futuro asesino con toda la energía que un hombre de su edad podía tener, pero a la que se le sumaba la fuerza del amor que sentía por su hijo. Fuerza infinita, porque el número 9 salió volando junto con la piedra y mi padre hasta caer unos cuantos metros más allá de donde yo me encontraba. En ese momento, todo el mundo volvió a la realidad. No menos de diez personas rodearon al jugador impidiendo un segundo intento. Entre tanto alboroto, nadie se fijó en mi padre, que se encontraba tirado en el suelo, inmóvil. A mí se me vino el mundo encima. Me acerqué lo más rápidamente que pude para comprobar su estado. Estaba tirado boca abajo en posición fetal, pero afortunadamente no tenía más que magulladuras.

Por desgracia, no ha sido la última vez que he pasado por algo similar. Pero sí que fue la primera ocasión en que me planteé si merecía la pena pasar por esto. Después de muchas discusiones, algunas de ellas conmigo mismo, decidí que no iba a amedrentarme por unos cuantos patanes. Yo iba a ser árbitro, y no un árbitro cualquiera, porque si la ilusión y la perseverancia eran las premisas necesarias para triunfar, yo conseguiría mi objetivo: llegar a arbitrar en Primera División.

Muy duro fue ver cómo algunos de mis supuestos amigos me dejaban de lado al ver que no iban a sacar beneficio alguno de mi amistad. Recuerdo un encuentro en el que se jugaban el campeonato regional, el Filemón CF, equipo en el que jugaba de delantero centro mi amigo Samuel, y el CD Puerta Negra. La expectación por el partido era máxima, ya que los equipos mantenían una rivalidad regional desde hacía muchos años. Ser designado para arbitrar este partido era un honor muy grande, pero el problema residía en que uno de mis mejores amigos militaba en las filas del Filemón CF. Samuel suponía que tenían el campeonato ganado, ya que arbitrando el partido su gran amigo Daniel, no se les podía escapar de las manos. Así se lo hizo

saber a todo su entorno, pero lo que Samuel no intuía es que por encima de mi sentido de la amistad, está el de la justicia:

El partido estaba empatado a uno y solo quedaba un cuarto de hora para el final. El acoso sobre la portería del Filemón CF estaba siendo total, se veía venir el gol. Sin embargo, un balón despejado, es controlado magníficamente por Samuel, cerca del área rival. Tiene a dos contrarios encima, con lo que no le va a resultar fácil zafarse de ellos. Aun así, consigue driblar al primero y cuando está a punto de hacer lo propio con el segundo, éste se interpone con su cuerpo y le arrebató limpiamente la pelota, mientras Samuel se tira exageradamente dentro del área, pidiendo un penalti que podía marcar el desenlace del partido. Las protestas son demasiado airadas y me veo en la obligación de acercarme a él para mostrarle la tarjeta amarilla.

- Pero, ¿qué haces? ¿No has visto que ha sido penalti claro?
- Cállese y siga jugando –le respondí yo.
- El partido estaba en esta jugada y podías haber señalado penalti perfectamente.
- No ha sido penalti y lo sabes, Samuel.
- ¡Qué más da que haya sido o no penalti! Si quieres lo podías haber pitado. ¡Tú eres tonto!

En ese momento podía haberme hecho el sueco, pero no hubiera podido dormir tranquilo. No es justo que pueda insultarme simplemente por el hecho de ser mi amigo. Si a los demás no se lo consiento, a él tampoco. La cara que se le quedó a Samuel cuando le saqué la tarjeta roja, es algo que siempre tendré grabado en mi memoria. Una mezcla de estupefacción y odio, afloraba a través de sus ojos. Desde ese día no he vuelto a saber nada más de su interesada amistad.

Ni siquiera las chicas me han acompañado en este arduo camino. Es muy complicado explicar a una muchacha que el fin de semana te lo vas a pasar desarrollando una actividad deportiva que no sea caminar cogidos de la mano. Un fin de semana se puede permitir, dos, si la chica realmente está interesada en ti, pero un año entero no lo aguanta con esas edades nadie. Si te pasas la semana entera estudiando, deseando que llegue el fin de semana para poder salir con tu chico, y éste decide que prefiere entretenerse con balones y pitos antes que sentir el calor de un beso, es lógico deducir por qué no he conseguido mantener ninguna relación más allá de un par de citas. Desde luego que me apetecía sentir los labios de una mujer, pero lamentablemente en la vida no se puede tener todo y mi gran prioridad en aquel momento era llegar a ser árbitro de Primera División.

Pero desde luego, también ha habido momentos buenos. Aparte de la explosión de adrenalina que se vive en cada partido, y que es una sensación que no se puede explicar con palabras, me quedo con los cientos de viajes que he realizado con mis compañeros. Miles de horas, metidos en caravanas interminables y en las que, a pesar de todo, lo pasábamos genial. Los compañeros amenizaban con sus anécdotas o cantando coplillas con sus “desgarradoras voces”. Cualquiera cosa con tal de llegar a los partidos lo más relajados posible y, sobre todo, volver a nuestras casas con el ánimo renovado, soltando toda la tensión acumulada con risas y acompañándolas con unos homenajes gastronómicos, que nos obsequiábamos para recuperar las calorías perdidas en el fragor de la batalla.

Otro aspecto por el que siempre me han preguntado ha sido el de los sobornos. Evidentemente, en las categorías inferiores, en las que no sobra el dinero, la manera de presionarte era muy graciosa, al menos ahora que lo veo con perspectiva, ya que en aquellos años no me hacía ninguna gracia tener que ducharme a cero grados con agua fría, o recibir treinta euros en monedas de un céntimo, con lo que tenía que dedicar otra hora a contarlas. Eran formas de fastidiar al árbitro, más que sobornarlo, siempre y cuando el equipo local hubiese perdido y tú no hubieras estado a la altura exigida, claro está, desde su punto de vista.

Pero una vez que llegas a la élite, sí que es cierto que las tentaciones son múltiples. Aquí abunda el dinero y no hay problema en hacértelo llegar. Por suerte, ni yo ni ninguno de mis asistentes hemos caído ante la

fascinación de los “regalos fáciles”. Recuerdo una vez, en mi primer partido internacional, en la que nada más aterrizar en Moscú con mis asistentes de confianza, nos recibió una comitiva del equipo local con los brazos abiertos. Todo fueron agasajos y buenas palabras, todas ellas en un castellano más que correcto. Desde luego se esforzaban por hacernos sentir como en casa. Nos acompañaron hasta el hotel y una vez allí nos invitaron a una fabulosa comida, con caviar ruso y todas las exquisiteces que no estaban normalmente a nuestro alcance. Esto ya no sé si es tan habitual, pero de momento no tengo por qué desconfiar, o al menos eso me repetía una y otra vez mientras degustaba plácidamente aquellos manjares. Mis asistentes para este partido eran Federico y Adrián, dos jóvenes linieres que habían alcanzado la internacionalidad el año pasado. Según me comentaban, era relativamente normal que los equipos, sobre todo los de Europa del Este, obsequien a los árbitros con alguna que otra chuchería sin importancia, siempre y cuando no pisemos el terreno de la ilegalidad. Pero las dudas que me acechaban se disiparon en cuanto llegamos a la habitación del hotel y estaban esperando para recibirnos tres mujeres de esas que hacen perder la cabeza a cualquier hombre. Estaban acompañadas de un personaje con pinta de mafioso que debía ser su traductor, porque las señoritas no parecían entender nuestro idioma, ¡ni falta que les hacía! Lo más curioso es que las tres chicas iban vestidas con unos imponentes abrigos de visón. El caballero, por llamarlo de alguna forma, nos hizo ver que siempre y cuando su equipo ganara, los visones y sus “complementos” serían obsequiados a nuestra causa. Rápidamente y sin que ni siquiera diéramos lugar a la duda, expulsamos con tarjeta roja a semejante personaje y a sus chicas. Nos quedamos bastante rato asimilando lo que el tipo había tenido la desfachatez de ofrecernos. Lo comunicamos debidamente, pero evidentemente no se podía hacer mucho más de lo que hicimos, ya que el “caballero” en cuestión no era ningún dirigente oficial del equipo ruso.

Y aquí estoy, en la bocana de acceso al campo, un campo repleto de aficionados, engalanado con los colores de ambos equipos y en los que el ambiente que se vive es algo que no se puede explicar con palabras. Pitar una final de la copa del Rey es algo que solo los privilegiados pueden hacer. Y es así como me siento, un elegido. Todo lo que he tenido que soportar en estos veinte años está más que recompensado con mi presencia hoy aquí. Suena el himno español y los vellos se me ponen de punta. Escuchar esos acordes magníficamente interpretados por la orquesta local hace que las lágrimas afloren a mi ojos. Pero debo controlarme, tengo delante de mí un desafío único, impartir justicia en un partido en el que millones de espectadores de todo el mundo estarán pendientes de los jugadores y, por qué no decirlo, de mis errores. Porque errores voy a tener, es algo con lo que he aprendido a vivir. No somos máquinas, por mucho que haya personas que no lleguen a comprenderlo. Al igual que un delantero falla un penalti o un portero comete un error al bloquear el esférico, el árbitro y sus asistentes, a lo largo de los noventa minutos de partido, es prácticamente imposible que no se equivoquen. Y más, cuando hay decenas de cámaras dispuestas a detectar el más mínimo error que cometes. Los capitanes se acercan para el sorteo de campos. Es un placer poder compartir estos momentos con figuras mundiales. Mis dos árbitros asistentes y yo nos echamos unas miradas de complicidad. Ellos también han luchado mucho para estar aquí y tenemos que estar más unidos que nunca para sacar adelante este desafío. Con los años han pasado de ser meros compañeros a ser algo más que amigos. Somos un equipo. Solo falta alguien para que la fiesta sea total. Mi eterno protector seguro que está viendo, desde el mejor palco de honor imaginable, cómo su hijo está haciendo realidad su sueño. Va por ti, papá. ¡Qué empiece el espectáculo!